

Y Europa lo dijo,  
Y Europa mintió.

De union y concordia  
Ejemplo hoy le damos:  
Sin ella acabamos  
La lucha fatal.

¡En ir adelante  
Pensemos sin ella!  
La paz es tan bella  
Por ser nacional.

*Cantad, ciudadanos,  
La paz suspirada,  
La paz anhelada  
Del pueblo español.*

IV.

ESTANCIAS.

Vedlos unir la diestra con la diestra,  
Y las armas poner en pabellones:  
Esa union desconcierta á cien naciones,  
Esa paz sacrosanta es obra nuestra.

Para envainar el refulgente acero  
Bastó del duque la palabra sola,

Que la gente vencida es española,  
Y el bando vencedor es caballero.

Vedlos la enseña abandonar de Cárlos,  
Y sus fueros fiar á una esperanza:  
Ved premiada su noble confianza,  
Y llorar el congreso al otorgarlos.

En ese lloro el porvenir su funda  
De la ibera nacion: esos abrazos  
Afirman de la union los santos lazos  
Y el bello trono de Isabel Segunda.

¡Pueblo grande y leal! el que insolente  
Bárbaro te llamó, ¿que dice ahora?  
Selle de hoy mas su lengua detractora,  
Que si el mundo te infama, el mundo miente.

CANTO PRIMERO

DE UN ENSAYO EPICO, TITULADO:

**EL PELAYO.**

INVOCACION, PROPOSICION Y DEDICATORIA.

I.

Canta, musa, el varon que pudo un dia  
Mi patria restaurar y el reino godo,



Fundando aquella estrecha monarquía  
Que amenazó despues al mundo todo:  
Y al moro, cuya bárbara osadía  
No respetaba límite ni modo,  
En la region astur mostró al vencerlo  
Que es libre la nacion que quiere serlo.

II.

Pasmóse el mundo al ver la audacia estraña  
Sin ejemplo segundo en las historias,  
Audacia que ya entonces fué á la España  
Gérmen fecundo de ulteriores glorias:  
¿Tanto pudo un mortal? ¿Tan grande hazaña,  
Tan ilustre valor, tantas victorias,  
Obra fueron del hombre solamente,  
O el Eterno luchó por nuestra gente?

III.

Dímelo ¡oh musa! porque yo lo ignoro,  
Y en mi ignorancia comprender no puedo  
Cómo entre la opresion y amargo lloro  
Tan en punto y sazón brotó el denuedo:  
Aun hoy se pasma embelesado el moro  
Al ver su vencimiento, y con el dedo  
La España que perdió señala y nota,  
Juzgando sueño su fatal derrota.

IV.

Tú, magnánimo PUEBLO, que mantienes  
Puro de mancha el heredado brio,  
Y horror innato á la coyunda aun tienes  
Once siglos despues del héroe mio:  
Tú que arrancaste el lauro de las sienes  
Al último tirano, al mas impío  
De los déspotas todos, tú mi canto  
Benigno acoje y entusiasmo santo.

V.

Tal vez un dia cantaré atrevido,  
Tus hazañas tambien y últimos hechos,  
Cuando en lid desigual acometido  
Tus fueros defendiste y tus derechos:  
Cedió el usurpador, cedió vencido;  
Cayeron sus ejércitos deshechos:  
Si Europa roto ve su yugo aleve,  
A tí, *pueblo español*, á tí lo debe.

ESTADO DE LAS COSAS DE ESPAÑA DESPUES DE LA INVASION  
SARRACENICA.

VI.

Dos veces ya su giro luminoso  
Acabado hubo el sol, despues que fiera  
La espada de Tarif, siempre ominoso,  
En Guadalete al español venciera:



Dos veces Marzo sonrió gracioso,  
Y en Aries proclamó la primavera:  
Dos veces subió Enero al alto cielo,  
Coronada la sien de escarcha y hielo.

VII.

Y nada mientras tanto presagiaba  
Otra suerte á la España, otro destino,  
Que ser por siempre miserable esclava  
Del que llamado por el coude vino:  
El rostro del Señor velado estaba  
De saña todavía: el yugo indino  
Cada vez mas pesado y mas terrible  
La gran restauracion hace imposible.

VIII.

Que en cien combates los mezquinos godos  
Habian antes su valor probado,  
Y en todos ellos por diversos modos  
Los laureles del moro acrecentando:  
Así vencidos y dispersos todos,  
Con triste rostro y corazon turbado,  
Al Norte hispano, su comun asilo,  
Vuelan, huyendo de la espada el filo.

IX.

¿Quién sin verter de llanto amarga fuente  
Bastará á referir tan cruda plaga?

¿Quién que tan solo recordalla intente  
Habrá, que de dolor no se deshaga?  
¿Dónde existe pincel que represente,  
Tal como fué, la edad aquella aciaga?  
¿Los robos, los incendios, la hambre horrible  
Y el crudo afan del bárbaro terrible?

X.

Profanados los tálamos se vieron  
Dentro en las mismas casas abrasadas:  
Con agudo clamor el cielo hirieron  
Del caro honor las vírgenes privadas.  
Las tristes madres degolladas fueron  
Con los inermes hijos apretadas:  
Aun en el vientre mísero materno,  
¡Qué horror! fué degollado el hijo tierno.

XI

Enemigo del cielo y de la tierra,  
Y á ambos infesto el agareno impío,  
Contra el mismo Señor la espada afierra  
Llevado de su orgullo y desvarío:  
Caen los templos tambien en cruda guerra  
(Consuelo postrimero al pecho pío);  
Y los que el hierro perdonó y el fuego,  
Mezquitas son al fanatismo ciego.



XII.

Huye entonces el godo: ¿y qué le resta  
Sino la fuga ya? Falta un caudillo:  
Todos sus condes en la lid funesta  
Rotos han sido, ó dados al cuchillo:  
Su miserable suerte está dispuesta:  
El decreto se ha dado, y resistillo  
Es resistir á Dios: climas ajenos  
Dilatarán la esclavitud al menos.

XIII.

Llevan consigo imágenes y vasos  
Que les es dado arrebatár al moro,  
Y al Norte hispano los veloces pasos  
Tienden, vertiendo inconsolable lloro:  
Asturias y Cantabria á los escasos  
Restos dan acojida: allí el tesoro  
De libertad que tanto el hombre aprecia  
Se conserva aun en parte, y en Galicia.

XIV.

Y allí sus manos levantando al cielo,  
Y sus ojos de lágrimas bañando,  
Su amarga espacion y desconsuelo  
A Dios ofrecen con acento infando:

No ya le piden en su triste duelo  
Que el antiguo esplendor del godo bando  
Restaure omnipotente, ó la perdida  
Dominacion, y gloria oscurecida.

XV.

Que solo piden servidumbre, empero  
Servidumbre que sea tolerable,  
Y rigor no tan áspero y tan fiero,  
Y vida menos triste y miserable:  
Y si esto no es posible, si el guerrero  
Nada respeta impío, inexorable,  
¡Ay! á lo menos que la Hesperia tenga  
Un templo, do á llorar sus culpas venga.

XVI.

Para que ya que á la infelice España  
Nada le quede en su fatal caída,  
Y Dios en los arcanos de su saña  
Su eterna espacion justo decida,  
No permita á lo menos que la estraña  
Religion se introduzca y fé mentida;  
Y el mundo decir pueda: *Todo, todo,  
Menos su amada fé, lo pierde el godo.*"

XVII.

El sarraceno en tanto alegre rie  
Celebrando su rápida victoria,



Y envaneido de que Francia crie  
Lauros tambien que estiendan su memoria,  
Tanto el orgullo y la ambicion le engríe,  
Y tanto puede en él la vanagloria,  
Que al galo á lid provoca, y furibundo  
Aun piensa el resto devastar del mundo.

SUBE EL ANGEL TUTELAR DE ESPAÑA A IMPLORAR LA PIEDAD  
DEL ALTÍSIMO.

XVIII.

Tal era de las cosas el estado,  
Y de los justos la afliccion tal era,  
Cuando el ángel divino á quien fué dado  
La guarda ser de la nacion ibera,  
Dirijiendo su vuelo sublimado  
A la etérea region, cruza la esfera,  
Y triste cual la noche que reinaba  
Hácia el trono de Dios se encaminaba.

XIX.

La noche elije para alzarse al cielo,  
Por mas grata al dolor que entonces prueba:  
Con las alas esparce el fresco hielo  
Que en Pirene sobre el Diciembre nieva:  
Bello como el amor alza su vuelo,  
Y cual la estrella que el renombre lleva

De madre del amor, tal es el modo  
Con que esparce fulgor su cuerpo todo.

XX.

En breve tiempo superar le es dado  
La sombra que en pirámide levanta  
La tierra opuesta al sol, y ya elevado  
Mira á Sirio girar bajo su planta:  
Pasa veloz el cóncavo estrellado,  
Y á otro cóncavo nuevo se adelanta  
Que el último no es, y otros le esperan  
Que ni aun los mismos ángeles numeran.

XXI.

¡Estension prodijiosa! y sin embargo  
No tan rápido parte el rayo fiero  
De quien dudamos con mortal letargo  
Si arriba estar ó abajo es lo primero;  
Ni á un tiempo así se muestra breve y largo  
Relámpago fugaz, como es ligero  
El ángel en vencer distancia tanta.  
Y en ver los muros de la corte santa.

XXII.

Entra lloroso en la mansion eterna  
(Si en la eterna mansion el lloro cabe),



Y humilde y reverente se prosterna  
Ante el Señor, doblándose suave:  
El coro celestial que en voz alterna  
Canta la gloria del que eterno sabe  
La nada fecundar, triste le mira,  
Y sin saber por qué, gime y suspira.

XXIII.

Y es gozo el suspirar, y no concibe  
Quién el divino mensajero sea,  
Y á atender en silencio se apercibe  
Lo que él esponga y el Señor provea:  
Mas al momento que la luz percibe  
Con que el escudo de oro centellea  
Donde el nombre de *España* está grabado,  
Todos se cubren de pavor sagrado.

XXIV.

Mira el ángel en torno, y su mirada  
Se encuentra con la tuya ¡oh Recaredo!  
Cuya faz mas que todas lastimada  
A un tiempo anuncia la esperanza y miedo:  
Junto á su lado Ingunde está sentada,  
Y en tálamo de gloria hermoso y ledo  
Su esposo Hermenegildo la acompaña,  
Mártir real que libertó la España.

XXV.

Alienta, pues, alienta, ángel amigo,  
Que Dios tu ruego escuchará piadoso:  
¿Siempre su mente agitará Rodrigo?  
¿Nada podrá con él el virtuoso?  
Pasó la tempestad, pasó enemigo  
El rayo espantador: el sol hermoso  
Lucirá de la plácida alianza,  
Y el rey del Orco depondrá su lanza.

XXVI.

Esto parece que en lenguaje mudo  
Le dice Recaredo, esto su hermano,  
Esto la esposa que renueva el nudo  
Que antes cortara el pérfido arriano:  
Mas no por eso el ángel soltar pudo  
Su dulce voz cual céfiro en verano,  
Hasta que tú, María, á Dios miraste,  
Y para hablar licencia le alcanzaste.

XXVII.

“¡Señor! esclama: de tu mente augusta  
¿Quién los arcanos con orgullo impío  
Osará penetrar? ¿Quién tu ira justa  
A vano juicio llamará, Dios mio?



Hoy mismo el coro celestial se asusta  
Cuando recuerda el fiero desvarío  
Del querub que devora el fuego eterno,  
Por tí lanzado al tenebroso Averno.

XXVIII.

“Yo tu justicia adoro reverente  
En silencio, Señor; y antes me hiera  
El rayo que á Luzbel postró la frente,  
Que loco un dia comprenderte quiera;  
Mas nunca ha sido el ruego impertinente  
Contigo, eterno Dios; ni lastimera  
La súplica jamas pudo enojarte,  
Pues nadie te imploró sin confesarte.

XXIX.

“España te confiesa; España ahora  
Entregada á merced del enemigo,  
No es la nacion que criminal un hora  
Su flaca mano osó medir contigo:  
Hoy de su crimen se arrepiente y llora,  
Si ayer malvada provocó el castigo;  
Pero el hijo de Agar puede entre tanto  
Mas que su contricion, mas que su llanto.

XXX.

“Piedad, Señor, piedad: no así te aires  
Con débil hoja que arrebatara el viento:

Harto ha sufrido ya para que mires  
Con esquivéz su bárbaro tormento:  
Tal vez un dia llega en que te admires  
Tú mismo de tu saña, y cuando atento  
Quieras hacer de tu clemencia alarde,  
No habrá acaso lugar, será ya tarde.

XXXI.

“¿Y para aquesto ¡ó Dios! el cargo santo  
De tener en depósito me diste  
La mísera nacion, que tanto y tanto  
Un tiempo mas felice protegiste?  
¿Y habré de abandonarla en su quebranto  
Yo que tanto la amé? ¿Y horrenda y triste  
La vil supersticion dejará hollada  
La fé, por Recaredo entronizada?”

XXXII.

Dice: y humilde la respuesta eterna  
Espera del Señor, el cual pagando  
La mirada tan dulce como tierna  
Que María le dió con gesto blando,  
De su inmensa bondad y sempiterna  
Se acuerda al fin, la faz desarrugando:  
Y habla, y su voz al trueno es semejante  
Que las lluvias de Abril nuncia sonante.



XXXIII.

“¡Y qué! dice: ¿victoria tan aciaga  
Luzbel conseguirá? La monarquía  
Bástele impura, do jamas se apaga  
El fuego que encendió la saña mia.  
¿Quién curó de Israel la infausta llaga,  
Y en libre le tornó de siervo un día?  
¿Quién á la triste España podrá ahora  
Elevarla de esclava á ser señora?”

XXXIV.

“Un hombre, un hombre solo....(y de Pelayo  
Pronunció Dios el nombre): un hombre existe  
Que despertar de su fatal desmayo  
Cura, armado de fé, su patria triste:  
No teme el poder moro, teme el rayo  
De mi furia, á que nada se resiste:  
Si no combate en contra suya el cielo,  
Nada teme su espada allá en el suelo.

XXXV.

“Pues bien, seré imparcial: el Orco oscuro  
Neutral será tambien: cielos y tierra  
Silenciosos verán el choque duro,  
Y al hombre el hombre solo hará la guerra.  
Anúncialo á Pelayo; al rey impuro  
Que en la triste mansion mi diestra encierra

Anúncialo tambien: tiemble el impío,  
Si á contrastar se atreve al varon mio.”

XXXVI.

Dice: y el coro canta entusiasmado  
La libertad de la española gente:  
“Gloria, gloria á Jehová, que ha destrozado  
El insano poder del Orco ardiente:  
Justo no fuera el godo, si el pasado  
Baldon no padeciera: providente  
Eres ¡oh Dios! hasta en la misma ira,  
Donde solo rigor el hombre mira.”

BAJA EL ANGEL A LA TIERRA, Y SE DIRIJE A LA ISLA DE IZARO, DONDE PELAYO ESTABA OCULTO, SEGUN LOS ARCANOS DEL SEÑOR.

XXXVII.

Débilmente sonaba en el oido  
Del ángel tutelar este concento,  
Pues veloz á la tierra habia partido  
Para cumplir de Dios el mandamiento:  
Alegre, alborozado, complacido,  
Entre planetas mil y globos ciento  
La tierra al fin divisa, cuando pura  
La aurora rompe ya la niebla oscura.

XXXVIII.

Una luz ante el ángel caminaba  
Que á la Cantabria el vuelo enderezando



El lugar do Polayo oculto estaba  
Le muestra, sobre Izaro reflejando;  
Sobre Izaro, isla pobre, isla que brava  
La mar sorbiera en remolino infando,  
Si cerco menos duro y peñascoso  
Obice fuera al ímpetu espumoso.

XXXIX.

Despoblada como hoy, como hoy desierta  
Alzaba sobre el mar la húmida frente,  
Y estéril y sin vida y siempre yerta,  
Nunca fué objeto de ambicion ardiente:  
Un solitario, si la fama es cierta,  
Pasaba allí su vida penitente,  
Y del nombre de aquel que la habitaba,  
*Isla del Solitario* se llamaba.

XL.

Superior de la España al desaliento,  
Pelayo en su compañía audaz respira,  
Y destrozado y roto en lides ciento  
Con pecho osado á la victoria aspira:  
Ignoto en tan oculto apartamiento  
Muerto le cree su gente y le suspira:  
De su existencia el único testigo  
Es, despues del Señor, solo este amigo.

XLI.

Mas la hora llegó que revelada  
Al mundo todo su existencia fuese,  
Y en que agitando la terrible espada  
Al moro y al Averno estremeciese:  
Y despues que la cruz enarbolada  
En Covadonga vencedor le hiciese,  
A otra España principio dar pudiera  
*Mas grande y mas feliz que la primera.*

XLII.

Dulces las aves en acorde acento  
La refulgente aurora saludaban,  
Y los hilos de luz flotando al viento  
Su claridad por grados aumentaban:  
Cuando á sazón que en plácido contento  
Los dos amigos por costumbre oraban,  
Así el ángel del cielo desprendido  
Habló en palabras de inmortal sonido.

XLIII.

“¡Pelayo, Veremundo, amigos caros,  
Salud y paz! El cielo que me envía  
El órden me intimó de separaros,  
Por ser antes que amor la patria pia:



Dios depuso su enojo: ¿á qué angustiaros?  
En tí, Pelayo, en tí la España fia,  
Marcha, combate, vence; el Orco cesa  
De contrariar tu generosa empresa.”

XLIV.

Dice, y se eleva por el aire puro,  
Mientras Pelayo grita al que se esconde:  
“¡O Paraninfo hermoso! Yo lo juro:  
De empresa tanta mi valor responde.  
Concediéndome el cielo tal seguro,  
¿Dónde puedo temer? ¿en dónde, en dónde?  
Si el moro solo es ya quien me importuna,  
En mi espada descanso y mi fortuna.”

XLV.

Y luego á Veremundo.... “Adios te queda,  
Adios, amigo mio: el cielo santo  
Compadecido de mi suerte aceda  
Tu amistad me donara hermosa tanto:  
Si la vida fatal encontré leda,  
Si en mi destierro fué menor mi llanto,  
Si consuelos, en fin, he recibido,  
A tu pura amistad los he debido.

XLVI.

“Mas hoy el cielo mi partida ordena,  
El mismo cielo que hácia aquí me trajo:

No por mi viaje la feliz cadena  
De nuestra union sacudo ni relajo:  
El Dios que al malo asusta cuando truena  
Estermine el laurel porque trabajo  
Y traidor á la patria me apellide,  
Antes que un dia tu amistad olvide.”

XLVII.

Dijo; y la diestra con su diestra uniendo  
Con el siniestro brazo le estrechaba,  
Y sobre el hombro la cerviz poniendo  
Al caro amigo en lágrimas bañaba:  
Llora tambien el otro, el llanto viendo,  
Ni de oponerle freno se curaba,  
Que el llanto no envilece al varon justo,  
Y llorar sabe el campeon robusto.

XLVIII.

Pero fuera delito el prolongarlo  
Por mas que al corazon la pena afija,  
Y por eso se esfuerzan á templarlo  
En la ley de partir la mente fija:  
“Pues te espera el laurel, vuela á arrancarlo,  
Esclama Veremundo en voz prolija:  
Yo con mis votos pediré á los cielos  
Que secunden tu afan y tus desvelos.



XLIX.

“La santa patria que tu pecho inflama  
Tambien mi corazon enciende todo,  
Que si al yermo el Altísimo me llama,  
Tambien soy español, tambien soy godo:  
Tú con tu espada al templo de la fama  
Te elevarás, Pelayo: de otro modo  
Y por otro camino diferente,  
Yo tambien pienso en la victoria ardiente.

L.

“Yo alentaré los ínelitos vascones  
Con mi voz á seguir tus pasos ciertos,  
Y lograré inflamar sus corazones  
Si á la gloria por suerte se hallan muertos:  
Renacerá la patria: sus pendones  
Enarbolados en los riscos yertos  
Al moro asustarán que á Dios maldice,  
Segun el corazon me lo predice.

LI.

“Mi deudo sin igual, el grande Iñigo,  
Por su curso veloz llamado Arista,  
No es ya posible que á mi acento amigo  
Y aun menos á tu ejemplo se resista:  
El sabrá al moro debelar contigo:  
El la injusta agresion y audaz conquista

Valiente atajará: yo te lo juro:  
Del triunfo de la patria estoy seguro.”—

LII.

Esto el anciano al héroe decia  
En profético ardor el pecho ardido,  
Y lo mismo á Pelayo predecia  
Su bravo corazon nunca abatido:  
Y entrando en su cabaña cuando el día  
De la noche el horror dejó vencido,  
Pobre mesa preparan, donde toman  
El último manjar que juntos coman.

LIII.

Tiernos mariscos que el reflujo acrece  
Y alguno que otro pez son su alimento,  
Que por frugal el ánimo no empeece,  
Ni menos por faltarle condimento:  
Condimento suavísimo que ofrece  
El apesto al paladar hambriento,  
No la esquisita salsa y guiso extraño  
Que el sensualista busca en torpe engaño.

LIV.

Y bien que por la próxima partida  
Mas abundante el desayuno sea,  
No por eso traspasan la medida  
Que la templanza cuidadosa emplea:



De pura y fresca leche es la bebida,  
En vez del agua con que cerca ondea  
Trasparente raudal, rico y travieso;  
Y en esto solo consistió el esceso.

LV.

Ambos su intento y sus futuros planes,  
Y el mejor modo de alcanzar victoria  
Comunican en tanto, y los afanes  
Ofrecen, que han pasado, á la memoria:  
Y el arte de atajar tantos desmanes  
Procuran aprender, y la notoria  
Muchedumbre de vicios anteriores,  
Tan funesta á la patria y sus mayores.

LVI.

Llegan despues á la vecina orilla  
Del amansado mar, y allí previenen  
Una pequeña y mísera barquilla  
Que al abrigo del mar atada tienen:  
Ambos van en silencio, en ambos brilla  
La amistad lastimada, y van y vienen  
De la cabaña al mar, y de éste á aquella,  
Por preparar la barca y bastecella.

PARTIDA DE PELAYO CON DIRECCION A ASTURIAS: RIESGO QUE  
CORRE FRENTE A LA RIA DE SANTANDER, Y AUXILIO QUE LE  
DA EL ANGEL.

LVII.

Ya que la vela aparejada estuvo,  
Y el timon y los remos se aprestaron,  
Y nada ya por prepararse hubo,  
Y provisiones á la nao llevaron,  
Un momento Pelayo se detuvo,  
Y por la vez postrera rodearon  
Sus ojos melancólicos la cara  
Mansion que á abandonar ya se prepara.

LVIII.

Y como el preso por ventura suele  
Dejar con llanto el calabozo impuro  
Que le miró penar, y se conduêle  
Cuando á otros deja en el encierro oscuro;  
Que por mas que á abrazar la esposa vuela .  
Y libre salga y de opresion seguro,  
Siente dejar la amada compañía  
Del que su pena y afliccion partia:

LIX.

Así Pelayo, de ternura lleno  
Al mar se abandonó, despues que ardiente



Estrechó á Veremundo contra el seno  
Por la postrera vez, y balbuciente....  
“Mi Dios, esclama, poderoso y bueno,  
“Y mi patria despues, y mi inocente  
“Hermana, y la amistad desde este dia  
“Ocuparán por siempre el alma mia.”

LX.

Próspero viento mientras tanto pide  
Veremundo al Señor postrado en tierra,  
Y se alza, y con la mano se despide,  
Y un largo adios entre sus labios yerra:  
La cara barca con la vista mide  
Una vez y otra vez, hasta que cierra  
Ya la distancia la vision querida,  
Y aun permanece en pié, y aun la apellida.

LXI.

Queda vacío el corazon, vacío  
De la amada mitad que se ha alejado;  
Pero luego á su Dios tornando pio  
Del peso que le abrumba está aliviado:  
Igualmente Pelayo el poderio  
Siente del patrio amor, y consolado  
Ya solo piensa en su querida España,  
Y en su coraje crece y justa saña.

LXII.

La nave en tanto costeano vuela  
La cántabra region, sin que del remo  
Necesite el auxilio, pues la vela  
Hinchén las auras con poder supremo:  
Nada teme del mar, nada recela  
De banco amontonado ó pico extremo  
El hijo de Favila, y su alta mente  
Se entrega á meditar con ansia ardiente

LXIII.

Se entrega á meditar, ora admirando  
Un leve promontorio, ora una ria,  
Ora una isleta sobre el mar nadando,  
Ora un risco que al cielo desafía:  
Un peñasco tal vez la frente alzando  
Ornada de verdor poco há veia,  
Y hora le cubre el mar, lento creciendo,  
Del flujo bienhechor la ley siguiendo.

LXIV.

Y tanto y tanto enajenó su mente  
La encantadora y bella perspectiva,  
Que apenas conoció tener al frente  
Del cántabro la tierra primitiva:  
Mas lo conoce al fin, que el sol fulgente  
De tal manera con su lumbre activa



En los nevados montes reflejaba,  
Que ya no duda en qué lugar se hallaba.

LXV.

Lugar que aun en la noche distinguiera,  
Segun al navegante es siempre grato,  
Por el gran torreón, do reverbera  
Claro un fanal en el nocturno rato:  
Bella en el sitio aquel y lisonjera,  
Y respirando ostentacion y ornato,  
Hoy se alza Santander, hermoso puerto  
Que alegre busca el navegante incierto.

LXVI.

Tambien Pelayo entonces le buscaba  
Por huir el calor del medio día,  
Y la vela á amainar se preparaba  
Para enfilear su curso hácia la ría:  
Cuando súbito ve que se alejaba  
La playa ante sus ojos, y que hervia  
Agitada la mar, en su hondo seno  
Formando un ruido semejante al trueno.

LXVII.

Oscurécese el sol, y sin embargo  
No hay nubes en la esfera: huyen medrosas  
Las tristes aves, y en mortal letargo  
Yacer parece el órden de las cosas:

Suenan los vientos, el suspiro amargo  
Remedando y las quejas lastimosas  
Del moribundo, y en color sanguino  
Sus ondas tiñe el ponto cristalino.

LXVIII.

¡Fenómeno terrible! Ya no sabe  
Pelayo do se encuentra, cuando oyendo  
Graznar infausta junto al bareo un ave  
Vuelve la faz á ver el monstruo horrendo:  
Gemir parece el viento, al peso grave  
Que tiene sobre sí, mientras batiendo  
La bestia entrambas alas, la anchurosa  
Espalda agita de la mar undosa.

LXIX.

Y luego con graznido inteligible,  
“¡Ay mísero de tí! ¿dó vas? esclama:  
“Vuelve, vuelve al retiro do apacible  
“La venturosa paz te espera y llama:  
“En vano de su yugo aborrecible  
“Quieres librar al godó: ya él lo ama,  
“Y el destino lo quiere. ¡Ay del que piensa  
“Insano resistir su furia inmensa!”

LXX.

Dice, y Pelayo le responde: “¡Oh necio!  
“¿Vienes á darme testimonio acaso



¿Del poder de mi Dios?" En esto un recio  
Viento empezó á soplar desde el Ocaso,  
Donde el ángel de España, el vil desprecio  
Viendo con que Luzbel, de juicio escaso,  
Los decretos del cielo hollar trataba,  
Su fulgurante lanza preparaba.

LXXI.

Y vibrándola al punto.... "Siente, impío,  
Siente mi brazo domador, le grita:  
¿Hasta cuándo en tu loco desvarío  
Provocarás la cólera infinita?  
Húndete, fiero, en el abismo umbrío  
Baja del llanto á la mansion maldita,  
Y ejerce tu poder en hora buena  
Do el fuego eterno resplandece y suena."

LXXII.

No bien el ángel su postrer acento  
Terrible articuló, cuando anchuroso  
Hiéndose en cueva el húmedo elemento  
Do el monstruo se hunde con pavor medroso:  
Siente natura en plácido contento  
La ausencia del tirano, y venturoso  
Recobra el mar la calma, el sol la lumbre,  
Y el viento su apacible mansedumbre.

LXXIII.

Y el hijo de Favila, que cobrado  
De su pasmo aun no está, se ve en la arena,  
Sin saber por qué mano arrebatado  
Al suelo ha sido poderosa y buena:  
Despareció su barco idolatrado,  
Despareció por la region serena  
Del aire el ángel puro, y nada, nada  
Descubre ya de la vision pasada.

LXXIV.

SALE UN ANCIANO AL ENCUENTRO DE PELAYO, Y LE OFRECE SU  
HOSPITALIDAD CREYENDOLE NAUFRAGO. QUIEN ERA ESTE AN-  
CIANO.

Póstrase entonces con ferviente celo,  
Y doblando en la playa ambas rodillas,  
Una vez y otra vez bendice al cielo  
Que tanto ostenta en él sus maravillas:  
Besa tras esto agradecido el suelo,  
Y poniéndose en pié, de las orillas  
Se aleja de la mar, cuando un anciano  
Mira venir á la siniestra mano.

LXXV.

Un cayado su planta vacilante  
Helada por la edad guia y sostiene: